

Pero continuemos nuestra narración. Jehovah oyó la súplica de Israel, Jehovah misericordioso. Las gentes de Ammón sumaban muchos ejércitos y amenazaban con tragarse á una el pueblo escogido. Pero sopló Dios contra ellos su ira y se dispersaron como nubes al viento. Sus pueblos quedaron quemados por las teas de Israel. Sus ganados murieron al filo de la cuchilla judía. Su nación se dispersó á los cuatro vientos. Vencidos significaba esclavos en aquella sociedad, y los guerreros de Jefté daban gracias á Jehovah, que había vuelto por su pueblo, y al general, que había sido como el brazo de Jehovah. Este general les notificó de qué suerte aquel triunfo conseguido lo debían ellos, no tanto á sus esfuerzos como á su Dios, pues al comenzar el combate había ofrecido un voto que iba implacablemente á cumplir. Había ofrecido que, si triunfaban, la primera persona, fuese quien fuese, que, al volver él, se presentara de cualquier modo á la puerta de su casa, cayera herida é inmolada en los altares de Dios. Los ancianos, oyendo esto, se miraron con horror unos á otros, presintiendo la probabilidad facilísima de que la primera persona en presentarse resultase al cabo la hija de Jefté. En efecto, como éste no contaba con pariente ninguno, y á parte de su hija única no conocía otros parientes, creyó fácil que saliese cualquiera de sus sier-

vos ó siervas, por contarlas en crecido número, y creyó difícil que saliera su hija. De todos modos, el voto aparecía cosa excesiva y temeraria. Pero ya ofrecido, no había remedio en Israel; estaba obligado á cumplirlo. En la implacable severidad antigua, si por la vida de una sola persona se salvaba un pueblo, esta persona desaparecía como tenue nube de humo sobre las aras de los sacrificios. Y, como Dios cumpliera sus promesas, precisaba indispensablemente á Jefté cumplir la respectiva suya. Los ammonitas cayeron á tal voto, y no podía excusarse un forzoso y obligado cumplimiento. La primera persona que saliera en Mafá de grado á la puerta de Jefté, según estaba ofrecido, quedaría inmolada sin remedio sobre las aras de Jehovah.

Salieron los habitantes de Mafá en tropel á recibir al vencedor. Y, no sabiendo cómo halagarle y complacerle, cantaron los loores y laudes múltiples de aquella su verdadera unigénita, virgen como el ampo de la nieve sobre una montaña inaccesible, y hermosa como las flores del almendro cargadas en el alba de rocío. Y prometían buscar para su felicidad el más hermoso mancebo de Israel y enriquecerlo con sus presentes. Concluídas estas primeras recepciones en las cercanías de Mafá, conjuraron los ancianos al general para que se dirigiese á su casa, donde músicos instrumentos le halagarían el

oído, aromas embriagadores le purificarían el cuerpo y aguas clarísimas lavarían sus piés, taladrados por las espinas del combate. Cuando Jefté oyó que le conjuraban para ir á su hogar, el funesto voto se le dibujó con todos sus horrores allá en lo más hondo y oculto de su alma. La sangre le hirvió en las venas, los ojos estuvieron á punto de reventarle dentro de las órbitas, el corazón se le salía del pecho y lamentaba no haber encontrado muerte y ruina en el campo de los ammonitas. Pero no había remedio; inflexible necesidad imponía el cumplimiento de su voto y la presencia en su casa. Conforme se acercaba oía el coro de las doncellas dentro de sus paredes, que alababan á Dios, como lo alaban desde las mariposas en sus vuelos hasta las estrellas en sus órbitas, asociando á estas alabanzas el hisopo del desierto, las adelfas del torrente, las encinas del valle, los cedros del monte, la luciérnaga en los pliegues de las sombras y los soles en el seno de lo infinito y de lo inmenso. Llegado ante la casa, Jefté vió que no salía nadie y respiró un minuto, halagado por fácil esperanza. Mas apenas había dado el infeliz unos cuantos pasos en dirección al hogar, vió á su hija en la puerta.

Inútil decir que cayó sin conocimiento á este golpe, cual si un rayo de las alturas le hubiera herido en la cabeza. La virgen de Jefté creyó aquel sínco-

pe causado por el regocijo natural de volver á verla, y dió frescas aguas á las sienes del desvanecido, esencias de nardo á sus labios, besos de amor á sus plantas. Naturalmente, como buena hija, la doncella no podía consentir que ningún otro sér saliese á la puerta en busca de su padre victorioso. Ella importunó á Dios con oraciones durante la guerra, ella presintió la victoria como si un ángel se la hubiese anunciado, ella debió salir la primera entre todas en busca del amado padre á la puerta, franqueándola de par en par, como franquean los sacerdotes el santuario á su Dios. Vuelto en sí Jefté, preguntaba cómo no le habían los ammonitas vencido, y cómo no le rayaba Dios del seno de la vida. La virgen vió que deliraba, pero imputó el exceso de su delirio al exceso de su alegría. Y, sin embargo, si hubiese parado más tiempo la vista en aquel rostro notara cómo la desfiguración y el demudamiento suyos no provenían de gozo, sino del mayor pesar que puede caer sobre la humana criatura. Jefté, viendo el error de su pobre hija, levantaba los brazos y los ojos al cielo para pedir que se apiadara de él, como en otro tiempo se apiadó fácilmente de Abraham. Pero el cielo estaba sordo á sus clamores y no respondía sino con ecos á sus quejas. No quedó remedio ninguno, sino anunciar á la infeliz el voto hecho por su padre y la necesi-

dad imprescindible de cumplirlo para que Israel pudiese durar y perdurar en el mundo. Los ancianos del pueblo, con la crueldad natural prestada de antiguo á los jefes israelitas por el amor que sus pechos sentían hacia su tribu y su patria, notificaron á la hija de Jefté la obligación en que se hallaba de cumplir el voto hecho por su padre.

Más hermosa la hija de Jefté que la luna nueva, más benéfica que la nube cargada de rocío, sus gracias eran el ornamento de Israel. ¡Cuántas veces, al morir el sol en las tardes tranquilas de la primavera, subía con las demás vírgenes de su tribu á las colinas sembradas de lirios, y entre los címbalos, las cítaras, los salterios, danzaba un sacro baile y dirigía sus oraciones á Dios en las cadencias de melodiosos cantares! Indudablemente los jóvenes guerreros debían desearla para su lecho y pedirla en matrimonio. Morena, porque la había el sol besado mucho, sus labios parecían manojos de mirra. El poeta semítico la comparaba con la yegua del desierto en lo esbelta, y en lo ligera con la cabra del monte. Su voz halagaba el oído como los arrullos de la paloma, y sus ojos repetían los objetos como los cristales del lago. ¡Cuántos de los mozos que corrían con la celeridad del gamo al encuentro del enemigo, y con la furia del tigre saltaban sobre sus lomos para concluirlo, y con la fuerza del león

esparcían sus miembros disyectos sobre la tierra ensangrentada, obraban todos estos milagros por un solo premio, por la hija de Jefté. Ella de esposa hubiera sido como la azucena y su marido como el lirio. Israel hubiérale fabricado de cedro el lecho de sus amores y tejídole de flores consagradas por el cielo la corona de sus desposorios. En los montes del Líbano hubieran pasado los días primeros de su boda para engendrar en las madrigueras de los leones y entre los nidos de las águilas un nieto de Jefté, tan fuerte como los seculares robles. Ante las alabanzas por todos cantadas á la vírgen, el espíritu de Jefté se sublevaba indignado contra su voto y caía en el propósito firme de no cumplirlo. Las uñas de aquel padre furioso rasgaban las carnes de su cuerpo como hubiera podido rasgar las vestiduras de sus carnes. Inútilmente los ancianos le decían que no tentase á Dios y se conformara con su voluntad incontrastable. Él no tenía otra prenda de amor en el mundo sino aquella hija, y deseaba guardarla como raíz de su vida, como esperanza de su muerte. En vano le decían que, de no cumplir el voto, estaba destinado á frustrar su triunfo, á ver el pueblo esclavo, las mujeres conducidas al carro del vencedor, el ara de su Dios rota, el pacto de la Alianza nuevamente destruído; Jefté permanecía invencible. Sólo cuando el sumo sacerdote le

anunció que de todas suertes su hija sería consumida por las llamas del fuego celeste, y la infeliz doncella ofreció de grado su cuello á la cuchilla diciendo que moriría por su propia mano si no la mataba su padre, decidióse, por fin, éste á perpetrar el cruentísimo sacrificio.

Jefté blasfemaba, enloquecido por el dolor de los dolores. «Maldito, exclamaba, el momento en que mi padre sintió hacia mi madre la primera inclinación. Maldita la negra hora en que fuí engendrado. Maldita la traidora luz que, al nacer yo, besó mis párpados. Un sepulcro en el vientre materno fuera para este mortal infortunado la dicha de las dichas. Desde que nacemos estamos cavando, con repetidos golpes, en la tierra el sitio donde ha de hallarse nuestra huesa, que busquemos como el avaro su tesoro. Sáquenme, si quieren, del número de los vivientes. Bórrese de la humana memoria el día en que nací, cual se borran del aire los vuelos del ave. Considérenme los nacidos como si nunca hubiera estado aquí con ellos, y sumérjanme los tiempos allá en el abismo donde las cenizas de unas generaciones se acumulan sobre las cenizas de otras generaciones, y todas duermen rígidas en el mismo frío y en el mismo silencio.» En efecto, Jefté había vivido por su hija y para su hija. Maldecido por su nacimiento, engendrado en el vien-

tre de una ramera, sin tierra donde posar su frente, sin una patria, sin una tribu, sin una familia, todo le repelía en el mundo, y solamente á la tierra le ligaba, con lazos indestructibles, aquella hija, por el amor generada, recuerdo santo de las únicas felicidades obtenidas en el mundo, sonrisa en sus tristezas, juego infantil entre sus combates de guerrero, flor aromosa entre los abrojos de sus penas, ángel que cruzara las tinieblas de su vida, tras el desengaño nueva ilusión, tras las desesperaciones esperanza de súbito iluminada en los abismos del dolor, su eterna, su inextinguible alegría, el bálsamo de su consuelo, el amor de sus amores. Necesitábase una religión tan dura y cruel todavía como esta religión de los primeros hebreos, y una sociedad tan áspera como esta sociedad recién salida por una serie de milagros, apenas comprensibles, del seno de una triste nómada vida, para que pudiesen aquellas gentes hablar á un padre sin horror del sacrificio é inmolación de su hija.

La virgen de Jefté había preparado el hogar para recibir al vencedor, apercebido los odres de leche, los panes sin levadura, los corderos sin mancha para ofrecer sacrificios á Jehovah y banquetes á los ancianos de sus gloriosas tribus. Cuando la sorprendió el anuncio de su infeliz destino hilaba ya los vellones de sus ganados para su túnica de novia. Sus

mejillas se habían cubierto de carmín, sus ojos de súbito éxtasis, sus entrañas de conmovedores afectos al paso de un joven guerrero que le había dicho cómo pensaba comprarla en aquel mismo año á su padre. Moría cuando la savia primaveral aumentaba el rojo fluor de sus venas, moría cuando el amor la coronaba con sus espléndidas guirnal-das. Pero ella, educada en los principios rigidísimos que determinaban la vida en su tribu y en su gente, renunciaba de grado á la felicidad mayor con que podía soñar una mujer hebrea, á la felicidad sublime de perpetuarse por medio de sus hijos y de sus nietos en el mundo, con tal que se cumpliera el voto por su padre ofrecido á Jehovah, cuya voluntad rige los cielos y la tierra. Como buena israelita prefería morir sobre las santas aras, entre las humaredas de incienso, con el frío cuchillo en la garganta y el cántico sagrado en las orejas, bendecida por su pueblo y por sus sacerdotes, la fe y la esperanza en el corazón; prefería morir así á quedar fuera de su gente, apartada de todos como el triste leproso en los desiertos, entre maldiciones, sin el recurso siquiera de acogerse al seno de una esperanza divina y de volver los ojos á las alturas en demanda de un divino consuelo. Para comprender aquel estado particular de su ánimo necesitábase, como hemos dicho tantas veces, trasladarse á los

tiempos aquellos y tener de Dios una idea semejante á la que tenían tales pueblos. La hija de Jefté se consideraba feliz al verse víctima de la grandeza divina y mediadora entre Dios y su pueblo. Placíala considerar cómo el olor exhalado por sus carnes calcinadas halagaría las narices de Jehovah, quien, de seguro, debía mandar, en cambio, bendiciones y más bendiciones, á causa de ella, sobre los hijos de Israel.

El Dios de otros tiempos menos crueles y de otras razas más progresivas prefiriera seguramente á recibir el vano humo de inútil holocausto devolver al corazón de un triste padre la hija de sus entrañas. Pero Jehovah quiere aspirar el vapor del holocausto, quiere ver la sangre virginal disipándose por los espacios infinitos en poéticas nubes, quiere aceptar un sacrificio parecido al que aceptaban en sus aras empapadas de sangre los dioses antropófagos. Tres meses corrieron las vírgenes de Israel por montes y por valles pidiendo piedad al cielo para la hija de Jefté. Tres veces al día resonaban los ecos de sus plegarias, y Dios no había enviado un ángel á impedir esta inmolación. La Biblia cuenta todo esto con sublime sencillez en su capítulo undécimo del libro de los jueces. «Y volviendo Jefté á su casa, he aquí que su hija salió á recibirle con adufes y danzas, siendo la sola, la única

hija suya; no tenía, fuera de ella, otro hijo ni hija. Y como él la viera, rompió sus vestiduras diciendo: «¡Ay! En verdad, hija mía, me has abatido y eres »de los que me afligen, porque yo he abierto mi »boca á Jehovah, y no podré desmentirme.» Ella entonces le respondió: «Padre mío, si has abierto »tu boca á Jehovah, puedes hacer de mí como salíó »de tu boca, puesto que Jehovah te ha dado la vic- »toria sobre los hijos de Ammón.» Y tornó á decir á su padre: «Haz esto. Déjame que vaya dos meses »por los montes y llore mi virginidad inútil yo y »mis compañeras.» El entonces dijo: «Vé.» Y dejó-la por dos meses. Y ella fué con sus compañeras á llorar su inútil virginidad por los montes. Pasados los dos meses volvió á su padre, quien procedió con ella conforme al voto que había hecho. Y ella jamás conoció varón. De aquí fué la costumbre en Israel que, de año en año, iban las doncellas de Israel á endechar á la hija de Jefté cuatro días en el año.» No puede referirse con mayor sencillez y sublimidad hecho más bárbaro.

En efecto, se acercan al sacrificio. Van delante los címbalos, las arpas, los salterios, celebrando con melodiosas cadencias este acto inhumano, cual si fuera un acto religioso. Van luégo las vírgenes de Israel, danzando con alegría loca, cual si en vez de ir á presenciar el suplicio de una virgen inocente

fueran á presenciar sus desposorios. Los ancianos de Israel, con sus báculos en el puño, entonan una salmodia triste y uniforme, como los bramidos del viento estrellándose sobre las arenas del desierto. Vienen luégo los levitas con sus túnicas sacerdotales llevando los instrumentos del sacrificio. Detrás viene la víctima en su padre apoyada. Jefté hallábase demudadísimo. El dolor había hecho encanecerse á sus cabellos, surcarse á su rostro, extinguirse á sus ojos. De vez en cuando su cuerpo daba un estremecimiento como el cedro á quien la tempestad sacude, y el silencio de su pecho se interrumpía con prolongados gemidos. Su hija, triste, más resignada, parece no sentir otro dolor sino el dolor de aquellos que la rodean. Sus ojos, ya se convierten unas veces al cielo, ya otras al rostro del demudado padre. Colócase junto á aquellos crueles altares Jefté, y coge febrilmente una cuchilla. Apenas ha empuñado este horrible instrumento cuando agarra á su hija que alza los brazos al cielo y echa hacia atrás la cabeza, ofreciendo al sacrificador desnuda su garganta y desnudo su pecho. El infeliz desgarrá con precipitación el corazón de su hija, la cual despide con su postrimer aliento un prolongado gemido. Y sin que la vida se hubiera casi apartado todavía de aquel cuerpo, lo arroja desparvorido sobre la tierra ensangrentada y cae á su vez

de espalda como si también hubiera muerto al golpe que ha asestado. Los ancianos cogen á la virgen yerta y arrójanla sobre la hoguera encendida. Y aquellos huesos, aquella sangre, aquellas fibras que formaban la más hermosa hija de Israel, se desvanecen como nubes blanquecinas en el cielo inmenso. La religión helena tiene también su hija de Jefté. Un rey bárbaro ha ofrecido á dioses crueles el sacrificio de la primer persona que se le aparezca en las playas patrias al regreso de Troya extinta. Y se le aparece su propia hija Ifigenia, hermosa entre las hermosas de Grecia. No hay otro remedio sino inmolarla y van al sacrificio. Pero aquellos dioses, merced al movimiento de las ideas y de los espíritus, menos crueles que los dioses asiáticos, sustituyen una joven ternera, escondida entre los mirtos y las adelfas, al sacrificio de la humana víctima. Hacían perfectamente las hijas de Israel en ir endechando con plañidos y elegías por montes y por valles á la gloriosa hija de Jefté. Por mucho que la llorasen al són de los címbalos, en cánticos sublimes, no podrían devolverle, no, la deuda con ella contraída, ni pagarle aquel sacrificio, hecho por la salud y por la libertad de sus hijos.



